

EL AMIGO DE LA INFANCIA

N.º LVIII

MADRID 8 DE NOVIEMBRE DE 1931



LA ORACION A SANTA CLARA

—Sin pensarlo un momento. Yo soy amigo antiguo de su padre de usted de V. la he visto casi nacer... en fin tengo la seguridad de que es usted honrada y lo repito, me batiría con quien asegurarse lo contrario.

—No se trata ahora de eso don Miguel, es quizás más grave mi situación,—dijo la infeliz Rosa con sus hermosos ojos arrasados de lágrimas.

—Explíquese V.—murmuró don Miguel a quien el llanto de Rosa había enternecido,—explíquese V. y cuente conmigo.

—Pues bien, fio en su caballerosidad. Yo he tenido la debilidad de recibir de noche y en mi habitación al hombre a quien amo; no me arrepiento de ello porque haya olvidado él el proceder que como caballero corresponde, pero la fatalidad ha querido que esta noche le sobreviniese un inesperado accidente y he pasado por el dolor de verle expirar en mis brazos, y ahí está, muerto él y yo con el doble dolor de perder el amante y la honra.

—¿Y qué quiere V. de mí? ¿Quiere V. que prevenga a su padre de lo que ocurre y alcance su perdón?

—De ningún modo—repuso Rosa—lo que yo exijo de V. es que saque el cadáver de mi casa,

—Eso es muy grave; pero puesto que no hay otro remedio, así se hará.

Y el bueno de don Miguel se echó al hombro el cadáver, saltó otra vez el balcón y fuese a depositar aquél a la orilla del río Guaire, distante de aquel sitio unos seis metros; sacó un estoque que llevaba y con él dió tres o cuatro estocadas al ya rígido cuerpo del difunto a fin de hacer creer hubiese sido asesinado.

Al día siguiente de los sucesos que hemos relatado, toda la ciudad comentaba la ocurrencia de la noche anterior.

Todos creyeron que había sido asesinado el joven don Alvaro Iturbe y nadie sospechaba quien hubiera podido ser el asesino.

Los tribunales de justicia levantaron el cadáver y comenzaron a instruir diligencias en averiguación de las circunstancias del crimen; pero nada consiguieron y después de emplear mucho tiempo y de escribir algunos centenares de pliegos de papel sellado, se sobreseyó la causa por no recaer sospechas sobre nadie.

Sin embargo, la declaración de una vecina de la «Cuesta del Candilito» puso en un grave apuro a Rosa, que por fin pudo conjurar la tormenta que sobre su cabeza iba a estallar gracias a la abnegación del bondadoso don Miguel que se creyó obligado, consigo mismo, a salvar el honor de la hija de su amigo.

Sucedió, pues, que el juez de instrucción publicó un edicto por el que mandaba comparecer a prestar declaración sobre el suceso a todo aquel que algo supiese por lo que viniera el juzgado en conocimiento de la verdad.

Don Alvaro Iturbe era generalmente querido en la población y todas las gentes honradas estaban indignadas contra el asesino, así es que se presentaron algunas personas que aseguraban haberle visto a tal o cual hora, en tal o cual parte, noticias vagas todas y que tenían cuasísima importancia para el juez.

(Continuará).